

R

Reflexiones sobre el fin del Milenio

- 1 Fin del Milenio o fin del Lenguaje Verbal.
- 2 Democracia y Movimientos Sociales en el fin del Siglo.
- 3 La Subjetividad y la Ciudad en el Mundo de Hoy.

F

in de Milenio o fin del Lenguaje Verbal

Sonia ■ López

Está demostrado filogenéticamente que el hombre evoluciona de una manera tan rápida que los mecanismos de comunicación por ejemplo, reflejan, a su paso, las condiciones de modificación.

El aparato fonoarticulatorio se transformó de tal manera cuando el hombre tomó la posición erguida que la glotis disminuyó el tamaño, las cuerdas vocales se templaron y se dividieron en dos (falsas y verdaderas) y los puntos articulatorios se afinaron tanto que hasta la cavidad dental se filó, provocando con esto la

SONIA LÓPEZ FRANCO. Licenciada en Español y Literatura (1987). Magister en Lingüística hispanoamericana (1989). Profesora TC Universidad EAFIT. Escuela de Ciencias y humanidades. Ruta de estudios comunicativos.

necesidad de hacer cosas con ese aparato articulatorios tan fino. Esas cosas podían ser palabras, onomatopeyas, tanteos, silbidos, gruñidos, bostezos, sonrisas, gritos, manías, etc.

Se perfeccionó tanto la estructura orofacial que hasta se podían combinar puntos de articulación, pues la lengua ya aparecía no sólo dorsal, también con ápice. La maravilla del ápice se resume al escuchar los bellos sonidos ápicodentales /**dádo**/o ápicopalveolares /**sálsa**.

En adelante, todas las producciones fonéticas se permitieron y empezaron a aparecer las consonantes /k/, luego las combinaciones de vocales con consonantes /ká/ y de vocales con vocales /au/. Como consecuencia, los sonidos seguían patrones verbales con dependencia en la fisiología de cada ser humano. Si el sujeto tenía protuberancia dental, los sonidos dentales resultaban melodías silábicas /sssí/, si el dorso de la lengua era más amplio que el ápice, los sonidos eran laterales y casi ininteligibles /máites/ por /mártes/.

Estos patrones verbales también tenían una dependencia con la velocidad del sujeto al ubicar los puntos articulatorios. La bradilalia diferencia los sujetos que se demoran en encontrar y hacer actuar los puntos articulatorios provocando un habla lenta. La taquilalia, al contrario, ocurre en sujetos que ubican muy rápido sus puntos articulatorios, pero en el afán de detonarlos, los pierde, en efecto, el habla es tan rápida que no se comprende en algunos casos.

En adelante, las transformaciones del aparato fonoarticulatorio ya no son tan evidentemente fisiológicas, aunque el efecto sea el mismo: transformación de sonidos y la perfección de

algunos puntos de articulación. Sin embargo, el cambio de comportamiento humano y la hiperatención a su cuerpo, lo han llevado a adherir a su aparato articulatorio, elementos que afectan la producción de sonidos. Así una amalgama en una pieza dental afecta los sonidos fricativos, es decir los producidos cuando el aire sale /f/, pues ese obstáculo impide su salida frenética. Los aparatos de ortodoncia invitan al sujeto portador a unos rituales de movimientos de labios sobre los alambres sostenedores que impiden advertir si está hablando o comiendo o murmurando. Otro objeto deliberado que se agregan algunos sujetos son los *piercing* o metales en el centro de la lengua. Su tamaño y movilidad además de provocar un placer, dados los movimientos circulares, afectan la realización de sonidos en donde interviene la lengua tales como los dentales /t/, alveolares /r/, palatales /y/, dorsales /l/, etc. Es tal el efecto que el sujeto prefiere no pronunciar una sílaba porque inmediatamente se la hace repetir su interlocutor.

Por otro lado, a consecuencia del criterio funcional, inmediatista y efectivo de la modernidad, el ser humano busca el máximo efecto por el mínimo esfuerzo articulatorio, entonces, dibuja más, escribe más gracias a la ayuda innegable de los aparatos virtuales, mueve más su cuerpo con códigos no verbales ya aprendidos y socializados y cada vez, articula menos.

Se percibe un desarrollo más claro de la faringe, pues los sonidos para asentir (mmjim) para negar (mka) para interrogar (mja) para admitir (fm) etc., son cada vez más frecuentes y a la vez más aceptados por los hablantes. Esta

aceptación se refleja en una supuesta comprensión de la situación comunicativa dado que casi nunca se pide al interlocutor que articule explícitamente lo que quiere decir.

En el futuro, cada vez menos lejano, ya no articularemos, ya no hablaremos, el milenio que termina se quedará con los sonidos claves producidos por el artefacto bucal.

Escucharemos, a cambio, estas arrítmicas intervenciones:

Laríngeo

*..y pum, tasss,
rruuuuumb. ...*

Guéee

Mj

Patatatum

Fm

Mmjim

Mkm

Articulado

*y se cayó haciendo
un ruido espantoso*

...en serio?

...sí

...durísimo

...Entiendo

...cierto

*...yo no creo todavía
esa historia.*

La transcripción de ellos aún no tienen un alfabeto institucionalizado, ésta sería una tarea para los fonetistas del próximo siglo.

Democracia y Movimientos Sociales en el Fin de Siglo

María ■ Fernanda ■ Ramírez

Desde hace algunos años, el surgimiento de nuevos movimientos sociales ligados al medio ambiente, los derechos de la mujer, la paz y el desarme, al tiempo que reflejan formas renovadas de acción colectiva, están incidiendo en el orden político de las democracias occidentales. Para algunos, estos nuevos movimientos constituyen las luchas democráticas y sociales de la época, erigiéndose, quizás, como la única vía para resignificar la noción misma de democracia, tan resquebrajada y vaciada de sentido en este fin de siglo. Para

MARÍA FERNANDA RAMÍREZ BROUCHOUD.
Politóloga, Universidad de Buenos Aires. Especialista en planeación y administración del desarrollo regional, Universidad de los Andes. Profesora del Departamento de Humanidades, Universidad EAFIT.

otros, representan una seria amenaza al orden político de las sociedades capitalistas avanzadas, ya que, al propiciar formas de acción política no convencionales (por fuera de los canales institucionalizados de representación de intereses), conllevarían un alto potencial desestabilizador.

Más allá de esta discusión, interesa aquí examinar qué es lo nuevo de estos movimientos y qué los diferenciaría de los “viejos” o “clásicos”. Para comenzar, cabe precisar que se designan como movimientos sociales a aquellas formas de acción colectiva organizada que se materializan en “una colectividad de personas unidas por una creencia común (ideología), por la determinación de desafiar el orden existente en pos de los objetivos implícitos en esa creencia fuera de los cauces institucionalizados de intermediación de intereses”. (Dalton, 1992, p.274) Una vez definidos, se pueden establecer algunos elementos que marcan la diferencia entre “viejos” y “nuevos” movimientos sociales:

Los denominados “viejos” movimientos sociales surgieron al calor del desarrollo industrial capitalista, organizándose a partir de la articulación de intereses económicos y de redes sociales delimitadas. Es decir, se constituían en función de la representación de intereses específicos de un agregado social. La identidad de ese agregado social era dada por categorías pertenecientes a la estructura social, adquiriendo generalmente un carácter clasista (luchas obreras, movimientos campesinos). Por lo tanto, su accionar se concebía como producto del conflicto de clases inherente a toda sociedad capitalista y la significación de la lucha escapaba a la conciencia de los actores, siendo guiada por el *movimiento general de la Historia*. La finalidad

última perseguida por el movimiento consistía en el cambio global en la estructura de las relaciones sociales, mientras que la vía revolucionaria se vislumbraba como la única forma posible de resolución del conflicto.

En cambio, los llamados nuevos movimientos sociales suponen el paso de unas divisiones políticas basadas en grupos antagónicos a otras sustentadas en valores y temáticas, que determinan comunidades de ideas. Como ejemplo de estas formas renovadas de acción colectiva, que incorporan nuevos puntos de vista e intereses a las luchas sociales, se señala a los movimientos pacifistas, ecologistas, feministas, antirracistas, antimilitaristas, por la defensa de derechos humanos, entre otros.

A diferencia de los clásicos, los nuevos movimientos sociales no plantean transformaciones revolucionarias, ni ataques contra el sistema, sino que apuntan sus reivindicaciones al ámbito de lo *postmaterial*, en la medida que realizan una crítica humanista a los valores predominantes de las sociedades industriales (productivismo, militarismo, patriarcalismo). Abogan por un cambio en los estilos de vida occidentales sustentados en el “ser” antes que en el “tener”, poniendo en tela de juicio la importancia dada al bienestar material y la riqueza (base de los modelos de desarrollo de las sociedades capitalistas avanzadas), e invitando a prestar mayor atención a la calidad de vida y a diversos aspectos culturales. Su ideario da cuenta de una demanda de participación en las decisiones políticas que afectan la vida personal, propendiendo por formas cooperativas de organización social y propiciando la conformación de grupos autogestionarios.

En términos ideológicos, carecen de una doctrina estricta y de una organización jerárquica, por eso se los denomina post-ideológicos. Otra característica definitoria de estos movimientos es que no plantean un cambio global de la sociedad, ni la revolución como vía resolutoria de los conflictos. Sus estrategias de resolución combinan acciones institucionalizadas y no institucionalizadas, presionando a las instancias decisorias del poder, influyendo a la opinión pública a través de los medios de comunicación y apelando al apoyo de la movilización popular. Siguiendo a Dalton, "La coexistencia de una crítica radical del orden existente, por un lado, y, por otro, de una integración de facto en la sociedad existente y en la arena política constituye un rasgo genuino de los nuevos movimientos." (Ibid, p.379)

Asimismo, en un fin de siglo donde la democracia liberal aparece más extendida que nunca antes, a la vez que –paradójicamente– su significado se desvanece, estarían operando como un mecanismo de relegitimación del sistema democrático, en la medida que sus críticas a las formas tradicionales de representación (partidos políticos, sindicatos) y su estilo político no convencional apelan a que la democracia se renueve, atienda a nuevos intereses y demandas ciudadanas, es decir, se haga realmente efectiva.

A modo ilustrativo, en varios países de Europa Occidental a fines de los ochenta, los socialdemócratas se quedaron sin un marco ideológico que diera respuestas convincentes a las demandas de la sociedad, mientras que los nuevos movimientos sociales lograron capitalizar cuestiones que escapaban a la política

socialdemócrata tradicional, como los derechos de los consumidores, derechos de los animales, asuntos ecológicos, etc., generando un no despreciable apoyo ciudadano. De cara a este proceso, algunos aseguraban que era el fiel reflejo de una sociedad crecientemente despolitizada, caracterizada por la pérdida de influencia de los partidos políticos y los gobiernos, mientras que otros comenzaron a verlo como una forma renovada de activismo político. En ese sentido es que Ulrich Beck plantea la emergencia de "la 'subpolítica' –la política que ha emigrado del parlamento hacia grupos de 'interés único' (*single issue*) en la sociedad–. Muchos de estos grupos, como Greenpeace u Oxfam, operan a una escala global" (Giddens, 1999, p.63). Siguiendo el análisis de este autor, es significativo el contraste actual entre el inmovilismo del aparato gubernamental con la movilidad de estos nuevos actores en distintos ámbitos de la sociedad y el declive de "la política" (tradicional) con la activación de la "subpolítica".

¿Qué están expresando estas nuevas formas de acción colectiva "modelo fin de siglo"? Básica y esencialmente, que los límites de lo político se han ampliado hasta incluir movimientos sociales que están influyendo activamente en las medidas que se adoptan en materia de medio ambiente, derechos de las mujeres y asuntos relativos a la paz y el desarme. Por otro lado, que el efecto innovador en las formas tradicionales de hacer política generado por estos movimientos, a largo plazo, puede redundar en un cambio en las estructuras corporativistas desde las cuales se concibe y desarrolla la práctica política en las democracias occidentales. Por lo tanto, en el nuevo milenio,

“Los gobiernos tendrán que estar dispuestos a aprender de ellos, reaccionar ante las cuestiones que susciten y negociar con ellos, como harán las grandes empresas y otros agentes económicos” (Ibid, p. 67).

BIBLIOGRAFÍA

Dalton, Robert y Kuechler, Manfred. (1992).

Los nuevos movimientos sociales, Valencia, Alfons El Magnanim.

Giddens, Anthony. (1999). *La tercera vía. La*

renovación de la socialdemocracia, Buenos Aires, Taurus.

L a Subjetividad y la Ciudad en el Mundo de Hoy

Jorge ■ William ■ Montoya

Pero la *afección* no es ni un estado de cosas neurofisiológico entre otros, ni una representación de la conciencia, sino la relación en virtud de la cual los objetos se tornan *afectantes* y los sujetos *afectados*. ¿En que condiciones llegamos nosotros a sentir? ¿En que condiciones pueden las cosas llegar a *afectarnos*, a ser *sentidas*? ¿Como lo real deviene *sentido* y/o *sensible*?”

“... a propósito de las condiciones de la *sensación* importa poco hablar del espacio o del tiempo y seguramente ambos términos y su distinción son *obsoletos* e *improcedentes* y podrían *subsumirse* de forma general bajo el término *afección*”

JORGE WILLIAM MONTOYA SANTAMARÍA. Magister en Historia de la Universidad Nacional. Profesor del Departamento de Humanidades de la Universidad EAFIT. Actualmente realiza estudios de Doctorado en Historia de las Ciencias en París.

“Es en suma, reconocer que pensar lo que sentimos merece la pena (además de que eso es todo lo que pensamos y podemos pensar), que la experiencia sensible es el único sujeto posible del pensamiento, pero que no es subjetiva en ninguno de los dos sentidos de este término, y que por tanto debe llegar a ser también objeto de pensamiento, aunque precisamente rechace por completo el molde de la objetividad. (Pardo, 1992. p 40).

Decir hoy que la subjetividad es un concepto y que como tal tiene una historia, parece innecesario y hasta inconveniente. Es preciso reconocer la distancia que se yergue entre la disciplina de la historia y conceptos como sujeto y subjetividad. Distancia no gratuita, por cierto. Si en un momento la pregunta se centraba en saber cómo se obtenía el conocimiento del mundo, a su vez tenía que existir un sujeto fundador de ese saber. El mundo de la extensión podía ser conocido, pero su existencia sólo era válida cuando se constituía en contenidos psíquicos, en datos de la conciencia. ¿Cómo establecer un método útil al conocimiento objetivo teniendo como premisa la singular posición subjetiva de quien sería el único observador?. Gran ambición de la ciencia, el reduccionismo científico pretendió separar del espacio nuestra mirada para poder verlo objetivamente. Las cosas tendrían en su interior una verdad, un origen digno, un *ursprung*, que todo investigador podría convertir en universal separando sus deseos, emociones, sentimientos, miedos y pasiones; en fin, todo aquello que nos constituye a pesar nuestro. Pero cuál es el exterior y el interior en esta historia? Husserl lo expresó bien al afirmar que nuestra mirada no puede ser retirada del espacio porque nuestra mirada es lo primero que vemos. El ojo ha devenido pura extensión, máquina prensora que cumple el predicado de

ser sensible a las intensidades que le hacen contrapunto. Extraña variación, melodía oval acompañada de ligeros parpadeos. Sin la luz este ojo se perdería enjuto en las madrigueras de la noche. En las cuencas sordas de un viejo topo.

No es necesario pensar en la técnica como la condición que nos distingue del resto de los animales; el cuerpo también es técnica contenida. Estamos plagados de instrumentos adheridos a la piel, adosados en medio de una superficie sensible. La construcción instrumental artificial es sólo situacional y referencial. Le otorgamos demasiado valor por el hecho de ser actos volitivos, la producción de las síntesis activas de la conciencia.

¿Quién gobierna mi cuerpo? ¿Puedo decir mío a pesar mío? ¿Quien dice mío? ¿Soy yo quien verdaderamente habla? Extraño cosmos que alberga habitantes desconocidos para mí, creyendo ser su centro de control, mal informado, además. Fragmentación, dispersión, órganos parciales. Todo un coro de desarticulación me canturrea al oído tratando de convencerme de la no existencia del interior.

Claude Bernard, lúcido fisiólogo, a diferencia de los anatomistas quiso explicar el órgano por la función. Entendía el determinismo como la posibilidad de establecer los niveles de funcionamiento de los órganos internos. Hoy la medicina, heredera de este legado, trabaja con rangos de constantes fisiológicas que requieren ser acotados por medio de curvas de distribución normal. El interior se inventa a partir de una dialéctica de la disyunción. Antigua metáfora de la ciudad intramuros que posibilitará la emergencia de la teoría celular, oxigenando, a su vez, la vieja idea de la ciudad estado.

En la idea de medio se encierra la pretensión de querer representar la modulación, el devenir; es la delimitación sistemática, la notación del cambio. El medio no sería una experiencia, más bien el quiebre entre dos experiencias cuya mutua exterioridad no soportamos. Exterioridad, no obstante, que no evoca ninguna interioridad alternativa. El medio define un límite y como límite no admite nunca una posición en sí; siempre se está moviendo, desplazando, acercando y alejando; no es una unidad concreta, no ocupa una posición discreta, carece de identidad, si es que existe.

Cuando tenemos el pez en la pecera no estamos recreando su medio ambiente, las escamas del pez, sus branquias, la disposición de las aletas y su forma hidrodinámica no son independientes del agua que lo produjo filogenéticamente. El agua no es su medio. El agua no lo rodea. El es una cierta forma que ha cobrado el agua al disolver, luego de millones de años, la caparazón de los devónicos ostracodermos. Si el pez está en el agua como en su medio, es porque él es el agua, sin la cual es impensable. El hombre, en cambio, carece completamente de medio, pues él es la superficie de inscripción favorita de toda la materia existente. Es tierra, agua, luz y aire contraído. Nos desplegamos, replegamos y expresamos sobre ese molde de espacio que es el cuerpo. Cuerpo de nadie, cuerpo de él mismo. Cuerpo sin dueño, cuerpo sometido a la contracción de hábitos inconscientes. Prisionero de sus flujos, de sus desgastes, de sus producciones. Cuerpo hecho a la medida de todas las cosas. ¿Dónde hallaríamos las membranas, los límites, las selecciones? No terminamos, acaso, siendo desbordados por un virus que puede, incluso, hacer saltar nuestro protoplasma a punta de

horcajadas. San Sebastián es una imagen perfecta del deseo del hombre.

El problema hoy no consiste en saber si los enunciados de un sujeto se corresponden con la perspectiva de la tercera persona; es decir, si enuncia una verdad que pueda ser objetivada por un observador. Ahora el problema no radica en hallar la coincidencia entre los estados mentales y el comportamiento como pretendieron los conductistas; ni tampoco en afirmar el vínculo entre esos mismos estados y el mundo material como proponían los materialistas de la identidad psicofísica. El asunto no está en relación con alguna verdad existente en la *res cogitans* o en la *res extensa*. La verdad siempre ha estado al servicio de la norma, de los intereses del Estado, o de los planes de ordenamiento urbano.

La vitalidad de la ciudad se mantiene a costa de su propio desgaste, en la continua expansión que opera, en los cruces, los cortes, las intersecciones. En la noche las refacciones, el empalme de calzadas, las limpiezas subterráneas. Durante el día, el uso, el movimiento, la producción. Sistema orbital, modelo de continuidad en expansión. Ni la ciudad ni el sujeto son continentes aislados. No poseen fronteras que permitan distinguir la jora, el campo, el exterior, de la ciudad intramuros o interior. Las construcciones que se erigen en las inmediaciones son ruinas, fragmentos discontinuos de antiguas fortalezas, barreras momentáneas o circunstanciales, mucho más que fronteras contenedoras. Crean paisajes con mojones que impiden la pérdida de la mirada en lontananza; referentes de futuras incursiones.

No hay derecho a la ciudad. Son múltiples las vías de acceso y de salida. No se llega a la ciudad, la ciudad nos sale al paso en cada vuelta del camino. Somos la ciudad que sabemos inconsciente. Sobre su rostro también existen máquinas prensoras; órganos de una señalética armada a golpes de afección. Hay una tierra, un aire, un agua y una luz que convergen y hacen cauce. La ciudad se configura en su disposición, en la exposición continua que permite su modulación.

El sujeto es verosímil no verdadero. El sujeto no es; su condición es el desplazamiento continuo, la inacabada errancia. Los procesos de subjetivación no son definibles. No tendremos sujetos homogeneizados a partir de los *mass media* o la informática. Tampoco podemos reducir este instrumental a extensiones corporales. Estamos atrapados en redes diversas, en planos de subjetividad singulares, envueltos por hábitos diferentes. No soñamos todos el mismo sueño, ni somos sensibles a la misma gestualidad. Los signos

con que se carga la ciudad no son omnívoros, como tampoco lo es la entidad demoníaca en *La bruja* de Michelet:

“Yo no tomo, según se dice, todas las almas que se me ofrecen; yo quiero almas escogidas y en cierto estado apetitoso de furor y desesperación.” (Michelet, 1984. p. 91)

Cada quien busca la manera de exponer su cuello. Cada quien se irrita y busca consuelo en la complicidad de sus más cercanos estetogramas, como dice José Luis Pardo: con la esperanza de encolar los retazos de su intimidad perdida.

BIBLIOGRAFIA

- 1 PARDO José Luis. (1992). *Las formas de la exterioridad*. Valencia: Pre-Textos. Pág. 40-41.
- 2 Michelet, Jules. (1984) *La bruja*. Barcelona: Labor, pág. 91.